

En efluvios de luz, viene en las noches
 En un rayo argentado de la luna,
 O si acaso destellas
 Cual movediza ráfaga en el puro
 Y continuo brillar de las estrellas,
 Si en un canto musical ó en la armonía
 De murmullos de amor desconocidos,
 Hay algo de tu espíritu que vaga,
 Llegará cual querida melodía
 Murmurando tu nombre en mis oídos.

En tanto, duerme en paz: sobre tu tumba
 Laurel y olivo mi amistad te ofrece,
 Y en el rumor del huracán que zumba,
 En la brisa que muere y languidece,
 En la voz de las hojas del Otoño,
 Que llevan ya la palidez sombría
 De tu tranquila frente,
 Ha de ver sin cesar el alma mía
 Tu recuerdo latente.....

.....
 Todo acabó.... Soldado de la patria
 Fresco laurel guardó de la pelea:
 —¡Imítadle, patricios campeones!
 ¡Lloradle aún, amigos corazones!
 ¡Leve la tierra á sus cenizas sea!

 LOS TRES ANIVERSARIOS.

- I. (8 de Diciembre de 1860.)
 II. (8 de Diciembre de 1869.)
 III. (8 de Diciembre de 1876.)

I

CONCHITA.

HOY va á cumplir Conchita nueve abriles
 Y es como un angel candorosa y buena,
 Y linda como cándida azucena
 Que en mañana serena
 Es la gala mejor de los pensiles.

Tiene esta niña la blancura mate
 Del jazmín, y sus ojos de azul cielo
 Contrastan con sus labios de granate,
 Y su tez es tan pura,
 Que si la mano ansiosa y con recelo
 Deseando acariciarla
 Logra por fin tocarla,
 Siente la suavidad del terciopelo.

Las niñas y los ángeles infunden
 Al mismo vicio púdico respeto,
 Y con mirada cándida y serena
 Y al mismo tiempo llena
 De pueriles antojos,
 Como aromas la flor, virtud difunden,
 Porque la luz de sus tranquilos ojos
 Y la luz de los cielos se confunden.

Conchita es una niña muy mimada
 Y goza la feliz prerrogativa
 De su edad tan risueña y tan hermosa
 De mirar de este mundo la morada
 Siempre alegre risueña y atractiva,
 Siempre color de rosa.

Su madre se ve en ella
 Y la contempla con afán tan loco,
 Que no acierto á decir quién es más bella;
 Si la madre que todo amor destella,
 Ó la hija amada que de amor es foco.

Un afecto tan grande y tan profundo
 Tiene algo en sí de angelical y santo
 Y en sus dulces fruiciones sube tanto
 Que deja abajo el lodazal del mundo.

En alas de ese amor la madre y la hija,
 Como las espirales del incienso,
 Van hacia Dios, con la mirada fija
 En la bóveda azul del cielo inmenso.

Va á comulgar Conchita,
 Porque al cumplir nueve años,
 Dice la tierna madre, necesita
 Que en esta dulce calma
 Entre Dios en su alma
 Antes que la envenenen
 Del mundo los terribles desengaños.
 Mientras así medita
 Y se embelesa con tan santa idea
 A su lado Conchita juguetea,
 Alegre y divertida,

Y así la madre sin volver la cara
 Afanosa prepara
 De raso blanco y delicado encaje
 De la primera comunión el traje.
 Llega por fin la hora
 De ataviar á la niña;
 Tarea alhagadora
 Cuyo final con intención demora

La madre, que, encantada,
Mucho más la acaricia que la aliña.

Pero por fin vestida y ya impaciente
Por mirarse en la luna del ropero
Pronto, de cuerpo entero,
Cual blanca mariposa se desprende
De los maternos brazos,
Dejando caer sobre la airosa falda
El ténue velo y los sedosos lazos.

Con infantil donaire ante el espejo,
Y diminuta mano,
Los pliegues del vestido recompone,
Y con lindo gracejo
Al mirar que está espléndido su traje
Se estudia, se contempla, se compone,
Y con el goce en el semblante impreso
De puntillas se pone
Para pagar á su querida madre
El valor de la hechura con un beso.

II.

(8 de Diciembre de 1869.)

CONCHA.

Llegaba á diez y ocho años
Muy gallarda y gentil la niña aquella;
Pero ahora más bella,
Porque en el trazo clásico del angel
Y en las graciosas líneas infantiles,
Una mano muy sabia y muy artista
De la mujer marcaba los perfiles.

Siguen sus ojos retratando el cielo;
Pero ahora más azul y más oscuro;
La boca de la niña era modelo
De una boca de virgen, y tenía
Un contorno más firme y más seguro.
Su tez, como antes, delicada y blanca,
Era su misma tez de terciopelo;
Y en su gentil donaire parecía
Angel cuando miraba,
Mujer si sonreía,
Y en el nuevo contraste distinguía

Observador profundo
 Con cuidadoso anhelo,
 En su pupila azul mucho del cielo,
 Y en su faz de mujer mucho del mundo.

Y variación tan súbita y sensible
 El recelo aumentaba
 De la madre de Concha, que pensaba
 Con malestar profundo
 Y con crueles enojos,
 Que si aún brillaba el cielo en esos ojos
 En ese corazón entraba el mundo;
 Y al éxtasis de amor dulce, apacible,
 Que embelesó tan plácida existencia
 Se aduna la presencia
 De un presagio fatídico y terrible.

En mi vida he notado
 Que á veces el amor viene á las almas,
 No con alarde ó juvenil presteza,
 No alegre ni risueño,
 Sinó en forma de sueño
 O en forma de tristeza.

Y Concha era feliz, pero solía
 Tener meditaciones más profundas

De lo que convenía
 Al mimo y al regalo
 Con que madre tan tierna la abrigaba
 En el tranquilo hogar donde vivía.

Yo no sé en qué pensaba
 Concha, cuando en la tarde turbia ó fría,
 Con la mirada atónita seguía
 El vuelo de alguna ave que emigraba
 Cruzando, sola, la extensión vacía.

Un aviso quizás; presentimientos
 Sin forma, vagos, pero siempre tristes,
 Que como efluvios de otro mundo ignoto,
 Llegan al alma... yo no sé; misterio,
 Misterio atroz del porvenir remoto.

Entre tanto la madre que adivina
 Leves sombras de enojos
 En la pupila azul y cristalina
 De aquellos lindos y queridos ojos,
 Flores la ofrece y pájaros y encajes;
 Ya un precioso rubí para su mano
 Ya una pieza de Talberg para el piano,
 Sombreros, plumas y variados trajes.

Y con esa exquisita vigilancia,
 Y ese nimio cuidado,
 Atributo exclusivo de las madres
 Que son de amor y abnegación dechado,
 La silenciosa estancia
 De Concha á media noche recorría
 Para verla dormir ¡qué bella estaba
 Bajo el dosel de gasas transparentes
 Y entre las blancas ropas!... parecía
 Del manso río entre las tenues brumas
 Náyade recostada en las espumas.

No se movía en el tranquilo lecho
 Ni un pliegue; ni una onda se cambiaba
 Sólo un encaje nítido oscilaba
 Sobre el rítmico péndulo del pecho.

La madre al contemplar que palpitaba
 El corazón de Concha dulcemente,
 Como el marino experto,
 Ya separado del seguro puerto,
 Que en el surgir de la onda y de la espuma,
 En el color del agua, ó en punto
 Del límpido horizonte
 La tempestad conoce, presagiaba

De no sé cuántos males el conjunto,
 Y así transida de temor, rezaba,
 Rezaba noche á noche silenciosa
 Afligida á la vez que cariñosa
 Conteniendo el dolor dentro del pecho
 Y paseaba, llorando, su mirada
 De una ALMA DE LA VIRGEN en su cuadro,
 Al seno de la virgen en su lecho.

Como una nube al declinar la tarde
 Anubla al occidente
 La púrpura que un cirrus leves arde,
 Así una sombra tétrica apagaba
 La limpia luz de su serena frente.

Concha, la madre al fin le dijo un día,
 No eres feliz; ¿qué tienes hija mía?
 Y Concha aunque la oía
 No pudo entonces contestarla nada,
 Pero las madres saben cuando zumba
 Viento de adversidad sobre sus hijas,
 Saben cuando el amor, un amor nuevo
 Ciego y carnal con insidiosa calma
 Viene á turbar el bienestar del alma,
 Y tal la habló ese día
 Que el silencio de Concha y sus sonrojos

Estallaron no en voces ni en palabras
 Sinó en el llanto que inundó sus ojos.
 Mi pobre corazón lo adivinaba,
 Dijo la madre al fin con entereza
 Cuantas veces á solas lo pensaba
 Pero doblo al destino la cabeza,
 Sé que en el mundo, al fin todo se acaba,
 Por dura ley de la naturaleza,
 Y al mirarte crecer y ser tan bella
 Deseando tu ventura la temía.

Hoy otro amor dentro tu pecho empieza
 Mas oye, si ese amor tu dicha labra,
 La dicha que tú goces es la mía.

Madre, ¿el amor es llanto? ¿por qué lloro
 Por qué siento esta pena tan profunda?
 Yo creí que el amor era apacible
 Tranquilo y susceptible
 De una dicha tranquila é inefable,
 Y al amar, madre mía,
 Siento una ansia tan loca
 Una inquietud tan honda
 Que al devorar yo sola angustia tanta
 Este amor extrañísimo me espanta.

Tú que lo sabes todo madre mía
 Explicame por Dios esta agonía
 Lo sabes?

Sí, lo sé que es un aviso
 Que Dios te manda al alma
 Y te quita la calma
 Por que advertirte el mal se hace preciso.
 Prescinde de ese amor y bonancible
 Lucirá el horizonte de tu vida,
 Y acabarán tan crueles agonías.
 Y Concha concentrada,
 Y fija la mirada,
 En ademán terrible
 Le contestó resuelta ¡es imposible!

III.

8 de Diciembre de 1876.

CONCEPCIÓN.

Desde entónces la madre acongojada
 Lloraba á solas con mortal desvelo,
 Y triste, atribulada
 Hondas plegarias elevaba al cielo.

Muchas veces pensaba en sus vigili-
 as
 En la ALMA DE LA VIRGEN que pendía
 Del muro de la estancia; ante aquel cuadro
 Oró mil veces mientras la hija pura
 Con un sueño dulcísimo dormía;
 Después sólo escuchaba
 Sin atreverse á entrar porque sabía
 Que como no era ya feliz, velaba.

Mas una noche, tras de lucha amarga
 Una noche muy larga,
 Bajó del lecho y con ligera planta,
 Anudada sintiendo la garganta,
 En la virgen del cuadro la idea fija,
 Se deslizó en silencio, y con cautela
 Anhelando mirar dormida á su hija,
 La vidriera del cuarto abrió despacio,
 Contuvo los latidos de su pecho
 Y contempló desde la puerta el lecho.

Cierto poder extraño y misterioso
 La enclavaba en la alfombra,
 Sin poder distinguir entre la sombra
 Ni el cuadro de la Virgen en el muro
 Ni el bulto de su hija sobre ellecho.

Con el oído atento
 En medio á aquel silencio tan profundo,
 Casi sin respirar, sin movimiento,
 Largo tiempo pasó, como una sombra,
 Como una aparición del otro mundo,
 Al fin dió un paso vacilante y corto
 Con la mirada fija
 En una curva blanca que debía
 Ser el cuerpo de su hija
 Anduvo más, y la atención profunda
 Que habían sostenido sus pupilas
 Alteró la visión, y curvas blancas,
 Como las olas de la mar hirviente,
 Se suceden, se cambian de repente,
 Y aparecen después; el hipnotismo
 Formaba de las sábanas del lecho
 De curvas blancas, agitado abismo.
 De súbito una idea
 Como el rayo penetra en su cabeza,
 Un grito de terror lanza tremendo,
 Y avanza con presteza
 Como la leona herida
 Que ha llegado á la cueva donde anida
 En busca de sus hijos pequeñuelos...

UNIVERSIDAD DE MONTEREY
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Vol. 1625 MONTEREY, MEXICO

La pobre madre de dolor transida
Estruja y rasga en su fatal despecho
Las ropas blancas del desierto lecho.

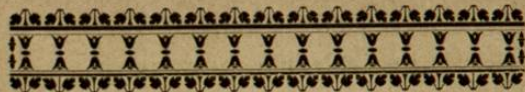
Y desde aquella noche memorable
Aquel nido de amor tan entrañable,
De donde Concha huyó, quedó desierto,
Y triste y empolvado, largos días,
Como esas criptas viejas y sombrías
De donde acaban de sacar un muerto
Y no ha mucho he sabido
Por que ha llegado á mí de boca en boca,
Que desde el grito aquel perdió el sentido
La desgraciada madre, y vive loca;
Loca y su cuidadora,
Testigo de tan íntimos dolores,
Calma de aquella madre los furores
Poniendo sobre un banco
Una muñeca que vestir de blanco,
O bien entre las sábanas figura
Un bulto y dirigiéndose á la loca
Pone un dedo en la boca
Y la madre infeliz se queda inerte
Porque su hija que duerme no despierte.

Concha entre tanto de su amor funesto
En la embriaguez febril goza y delira
Hasta tocar el límite prescrito
Por la moral á aquel amor maldito
Y exclamando infeliz, todo es mentira.

Y en medio del marasmo y la atonía
De la espantosa sociedad mundana,
Al escuchar los gritos de la orgía,
Con amarga ironía,
El traje se vistió de cortesana
Y se lanzó enseguida
Cual suicida iracundo
Del torpe vicio al lodazal del mundo.

Este ocho de Septiembre, aniversario
De los dos que conocen mis lectore,
En un panteón desierto y solitario
Sentado en una piedra
Y bajo un pabellón de mustia yedra
Estaba un infeliz sepulturero
Mirando atentamente
Extinguirse las luces de occidente.
De súbito volvió la vista inquieta
Por que entraba al panteón casi trotando

Una mula tirando una carreta.
—Tarde vienes, le dijo al carretero,
¿Traes carga?
—Si señor es un cadáver
Y de San Juan de Dios
—¿No tiene nombre?
—Se llamó Concepción, dijo al muertero.



HERMINIA LA CRISTIANA.

(ORIENTAL.)

I

EL SULTÁN.

SOBRE otomana de mullida pluma
Por más de cien esclavas construída,
Blanca como del mar la leve espuma,
De tulipanes de oro circuída,
Entre el vapor de la caliente bruma
Que está arrojando goma encandecida,
Luenga la barba y sin pesar la frente
Reposaba el sultán indiferente.

Fija la vista allá de la techumbre
En el encaje y filigrana leve,
Cerca de sí la amortiguada lumbre